UN AÑO Y TRES MESES



Luis García Montero



Nuevos textos sagrados

Luis García Montero

UN AÑO
Y TRES MESES



ÍNDICE

EL MIsTERIO Y EL sEcRETO

POR nuestra orilla caminamos solos
bajo el atardecer,
mientras las huellas van y vienen.
Lo que acerca la espuma se va con la resaca.
Para que no te dañe el sol
hemos salido casi en el crepúsculo,
cuando los sentimientos se desnudan
sobre la arena todavía cálida
y un murmullo de luz
escribe el horizonte que nos mira.
Como una carretera,
donde las luces rojas son frenos de la noche,
vemos pasar despacio las preguntas
sin saber qué decir.
No es lo mismo un misterio que un secreto,
pero los dos se mezclan:
lo han aprendido ahora

nuestras conversaciones contenidas.
Qué difícil andar con pies descalzos
y miedo a lo que corta. Qué difícil
saber lo que se esconde en esta caracola.

Orillas del mar,
dejadnos soñar.

TAMBIÉN es el amor una luz negociada.
Somos barcos nocturnos que fondean
en esta habitación
junto a una cama que parece un puerto.

No me importa que tardes en apagar la luz
si me quedo dormido en tu lectura.
Un faro parpadea muy pegado a tu cuerpo
para que Ulises pueda hacer justicia,
mientras que Fortunata
naufraga por las calles de Madrid
y la esperanza se defiende
con uñas y alegría
en la ciencia ficción de cualquier cuerpo.

Tampoco tú protestas
si yo enciendo la luz antes de hora.

Duermo poco. Digamos que a las cinco
mi mesita de noche es una dársena
donde hay carga y descarga de palabras
que pasan a tu sueño.
Por Nueva York camina Baudelaire,
Federico en París,
mientras Machado cruza la frontera
y Cernuda nos habla de Galdós
bajo el cielo de México.

El amor es también una luz negociada.
Me das tus sueños al vivir los míos.
Te doy mis sueños al guardar los tuyos.
Historias que se enlazan como cuerpos.

LA VERDAD DE LAs fIccIONEs

LA veo en el espejo
mientras se arregla los cabellos
como quien hace cola en la puerta de embarque
en busca de un destino.
No sé lo que baraja su paciencia,
ni lo que cabe en mi silencio.
Me vigilan a mí los maniquíes
con su sombra de ojos
y sus pelucas educadas
en el verbo buscar y en la razón del arte.
Cabellos en el viento de la vida,
tristezas rubias, pelirrojas, negras,
ordenadas por la quimioterapia.
Eres tú, le comento, y me sonríe.
Ninguno de los dos, ninguno, nunca,
habíamos sentido de este modo
que existe la verdad en las ficciones.

Nunca tuvieron las miradas
tanto amor a la vida.